

desde los márgenes

Psicoanálisis y geografía. Una excursión al discurso de Giddens

Juan Besse

Introducción

Advertir que la vida sigue ciertas frases o se enquistaba en una palabra, nos recuerda la postulación lacaniana sobre el carácter del significante. Desprenderse de la ilusión de que el significante cumple la función de representar al significado (Lacan 1966a) y desterritorializar al sujeto de la ciencia, a través de la diferenciación conceptual que permite despegarlo de las nociones de persona o la más sustantivante de individuo, abre la posibilidad de indagar las relaciones potenciales entre un campo académico y profesional como el de la geografía y la teoría psicoanalítica.

No se trata de forzar la relación entre una “disciplina científica” y una “corriente teórica”, o de pensar al psicoanálisis como un saber que puede ser anexado o subordinado al proyecto de una disciplina en un sentido instrumental como lo postula la misma denominación *psicoanálisis aplicado*, sino más bien de construir la relación como psicoanálisis en extensión, ya que “la relación entre psicoanálisis e investigación social debería situarse en la reflexividad y no en la instrumentalidad” (Recio 1994: 488).

En el ejercicio de lectura que propongo, la relación entre geografía y psicoanálisis se ancla en el discurso de Giddens. Pero más que una incursión, pienso que se trata de excursiones; esas que uno hace para volver, aunque más no sea por un rato, a casa.

Estas notas *quieren* provocar una aproximación en ese sentido. Tal vez también, quieran sustraerme de los sentimientos controvertidos que me produce la crítica a un autor que si bien no es “padre fundador” de disciplina alguna, ha oficiado de padre sustituto. No porque la crítica

no pueda ser enunciada. La crítica es una operación de distanciamiento, que —presuntamente— excluye al sujeto de la enunciación de la lógica de los enunciados, sin embargo, toda lógica se imbrica con una ética, o en todo caso es la ética la que permite contraponer una lógica con otra; y es en esa vuelta que la crítica se fagocita al crítico y lo resitúa, aunque de modo diferente, en ese mundo del que quiso distanciarse. Intuir que son los propios fantasmas los que se agitan detrás de la crítica querellante permite comenzar a investir al ejercicio de la crítica, que se nutre —como diría Weber— de una ética de la convicción, con los atributos de la responsabilidad.

Es en medio de este intento de instituir una relación, mediante la escritura, que “sería bueno comenzar —como Freud le propuso a Dora— por reconocer el lugar que se ocupa en el desorden del que uno se queja, descubrir cómo se vive del caos que se denuncia. Luego recordar que lo real es imposible mientras lo simbólico produce equívocos y lo imaginario siempre encuentra un sentido” (García 1980: 122, las cursivas son mías).

Las notas críticas de Giddens: un lugar para Freud y la geografía

Anthony Giddens es uno de los pensadores sociales que más ha gravitado en el campo académico de la geografía durante la última década. A través de sus escritos, el discurso universitario de la geografía encontró un interlocutor que imaginariamente posiciona al campo geográfico en la palestra de los grandes debates de los años ochenta,¹ como hace décadas lo hiciera Lucien Febvre. Febvre y Giddens constituyen nombres propios de un discurso que insiste en construir un

¹ En *La constitución de la sociedad*, la recuperación de la geografía como campo disciplinario e identidad profesional adquiere el carácter de declaración pública, allí Giddens (1984: 388) sienta las bases de un pacto, no carente de advertencias sobre los presupuestos del mismo, uno de cuyos momentos claves, en la enunciación de los límites de la contraprestación, comienza con la pregunta “¿Y qué, en devolución, pueden aprender los geógrafos de los sociólogos? Quizá bien poco, puesto que en los últimos años los geógrafos han tomado buena nota de los debates y los problemas actuales de la sociología. Pero un aporte posible es ayudar a quebrar el supuesto de que pudiera existir una ‘ciencia del espacio’ separada. En geografía humana formas espaciales son siempre formas sociales”.

linaje que entronque el conjunto de la disciplina con las humanidades y las ciencias sociales. Son los pensadores —Febvre lo es para el mismo Giddens— que supieron ver lo que para otros estaba velado,² la contracara de aquellas respuestas de Michel Foucault a las, ya míticas, preguntas sobre la geografía que le formularan los muchachos de Lacoste, nucleados en torno de la revista *Hérodote*.

En *La constitución de la sociedad*, Giddens organiza la exposición de la teoría de la estructuración mediante un *mix* con la técnica del comentario. Estos comentarios ad-hoc —denominados Notas críticas— remiten a los fundamentos de una perspectiva sociológica crítica como la teoría de la estructuración, a la ligazón estructural —valga la redundancia— de las relaciones sociales (objeto del saber sociológico/teórico social) con los registros de la temporalidad y la espacialidad, y como un subrogado con los de la historia y la geografía reales.

El correlato natural de esta articulación teórica pareciera ser dirigir la mirada hacia las disciplinas que reclaman para sí la competencia o el patrimonio de la reflexión sobre lo temporal o lo espacial, tales como la historia y la geografía. De este modo, parecieran sentarse las bases para la *constitución de una sociedad* entre los campos de la sociología y la geografía, en un contexto que —parafraseando a Geertz— se redefine produciendo esos géneros confusos que corroen las identidades y socavan la construcción de las tradiciones y de los linajes disciplinarios.

En las notas críticas se tributan homenajes y se enlaza la teoría de la estructuración, sobre cuya coherencia interna no hay nada que objetar, con focos intelectuales estimulantes como Foucault o relecturas de pensadores controvertidos para la teoría social crítica como Parsons. La primera lleva como título “Freud sobre deslices del habla”, la última

² Escolar (1991: 6-7) sostiene que las condiciones ideológicas y epistemológicas “contribuyeron a solidificar el naturalismo social que se impuso en la disciplina, y a explicar la protección que la benefició a posteriori de la ruptura producida en el periodo 1915-1925. En esta época la geografía sufrió los sistemáticos embates de la sociología e indirectamente de la historia, y pasó a transformarse en una ‘modesta’ disciplina aislada y sin consideración por parte de las demás ciencias sociales. La geografía hegemónica quedó casi excluida del concierto del discurso social francés salvo por las alusiones de los historiadores de la Escuela de los Anales, pero en cambio, su influencia siguió dictándose —parsimoniosamente— en los espacios curriculares tradicionalmente suyos de la escuela primaria y media”.

“Ciencia social, historia y geografía”. A pesar de haberme prometido evitar la interpretación psicoanalítica,³ me invadió el orden de las notas —que obviamente se corresponde con un orden de la exposición de los capítulos— y decidí empeñarme en establecer una relación con el carácter *declaratorio y táctico* que destila el libro.

En términos teóricos, la teoría de la estructuración consume un derrotero marcado por la revisión sistemática de la teoría social. El germen implantado en *Las nuevas reglas del método sociológico*, a través de sugestivas glosas y comentarios, adquiere en *La constitución de la sociedad* el cariz de una teoría global, sistemática y transdisciplinaria.⁴ La crítica al funcionalismo que se iniciara en los albores de su producción como pensador, mediante el estilo de la deconstrucción, asume en 1984 el tono de un discurso positivo. A la manera del mismo, y vapuleado, Parsons, que reconociera entre sus principales fuentes de inspiración perspectivas y conceptos tan heteróclitos en ciertos sentidos como los esbozados por Durkheim, Weber, Pareto, Marshall y Freud; Giddens propone una teoría social que parece —al menos en el plano de los enunciados— nutrirse de *fuentes teóricas disciplinarias*. Habla de la sociología, la historia o la geografía como matrices dadoras de saberes útiles. Es cierto que Giddens puede, si así lo quiere, apelar a una perspectiva “émica” o del actor, mediante un concepto de identidad, y hablar de geógrafos y sociólogos sin que esto implique rubricar el patrimonialismo de objeto en la definición de las dis-

³ Que como bien señala Recio (1994: 488) “no es lo mismo teoría psicoanalítica e investigación social que ‘interpretación psicoanalítica’ en la investigación social. [...] El ‘psicoanálisis aplicado’ a la investigación social es una forma de contribuir no sólo a la retórica sociológica, sino también a la vulgarización psicoanalítica. Más pertinente es pensar la investigación social a través de la teoría psicoanalítica. Esto nos permite entender mucho mejor, no sólo la propia investigación, sino lo social mismo”.

⁴ Tal vez de allí provenga la advocación de la figura de Talcott Parsons a través de un concepto como el de evolución, si no reñido con la teoría funcionalista, al menos difícil de incluir en una perspectiva que privilegia lo sincrónico-estructural sobre lo diacrónico-procesual. Uno de los asertos de Giddens en *Las nuevas reglas...*, que da para pensar —y que permitió reducir el estigma anti-histórico que pesa si no sobre los funcionalismos al menos sobre el análisis funcional— consiste en la postulación de una dimensión procesual en la realización de la función social. De todos modos, el evolucionismo tardío de Parsons como modo de contrarrestar los embates de la sociología crítica, no es más que la explicitación de los supuestos del funcionalismo en relación con la historia y el cambio social.

ciplinas, pero una empresa teórica de esa envergadura ¿no ameritaría romper también los imaginarios que los discursos construyen acerca de las discutidas comunidades científicas? (Knorr-Cetina 1992). Por otro lado, las consecuencias teóricas de los procesos de reproducción y normalización de los grupos de científicos y sus marcos teórico-metodológicos de referencia debieran constituir un tema de *atención*.⁵

Resulta impensable creer que Giddens desconoce el principio de enrarecimiento de los discursos.⁶ El final de la nota crítica sobre la sociedad entre ciencia social, historia y geografía, lo dice con todas las palabras, “la misma tesis sostenida en relación con la historia se aplica a la geografía (humana): ¿no existen diferencias lógicas o metodológicas entre geografía humana y sociología!” (Giddens 1984: 389). Por lo tanto, si las diferencias no son de orden lógico o metodológico, refieren a *otro* registro.

Giddens parece querer posicionarse en campos académicos que perviven en torno al mantenimiento del imaginario sobre las disciplinas como comunidades científicas estructuradas sobre una competencia de enfoque/objeto. La apelación a la geografía —o la más atenuada a los geógrafos— como fuente indiferenciada de nutrición, se inserta en este proyecto político institucional que, desde un núcleo reducido de innovadores,⁷ quiso, y quiere, desarticular los dispositivos de control social asociados con los procesos de institucionalización académica de

⁵ Sobre todo hacia mediados de la década del ochenta, cuando en la misma Gran Bretaña o en los Estados Unidos el debate epistemológico iniciado por el programa fuerte de la sociología del conocimiento y continuado por la etnografía de la ciencia ponía de manifiesto los riesgos de traslapar la naturalización de la disciplina en la figura kuhniana de la comunidad científica.

⁶ Para Foucault (1970: 43) “Allí donde, según la tradición, se cree reconocer la fuente de los discursos, el principio de su abundancia y de su continuidad, en esas figuras que parecen jugar una función positiva, como la del autor, la disciplina, la voluntad de verdad, se hace necesario, antes bien, reconocer el juego negativo de un corte y de un enrarecimiento del discurso”.

⁷ A principios de los noventa, Glick (1994a: 35) describió las coincidencias tácticas entre los teóricos sociales y quienes impulsan desde el campo de la geografía la “reteorización de la espacialidad”, movimiento que “desde el punto de vista del conocimiento, está relacionado con la obra de un número de teóricos sociales, entre los que Anthony Giddens es el más preeminente —aunque también se encuentren otros : Goffman, Poulantzas, Castells. Institucionalmente, es un fenómeno de Cambridge con unos pocos centros universitarios; por ejemplo la UCLA, vinculados a aquella universidad; el ‘grupo’ distintivo de geógrafos comprometidos en ese proyecto puede ser conocido por sus representantes en la revista que caracteriza el movi-

la geografía en cada contexto nacional.

Los geógrafos de Cambridge encontraron en Giddens a un teórico social relevante que reunía la preocupación por el registro espacial de la estructuración de lo social con una formación marxista cara a las preocupaciones teóricas de la geografía crítica, fogueada en el marxismo, durante los años setenta. Para Glick (1994a: 36) “así como los geógrafos llegaron a Giddens desde Marx, Giddens encontró la geografía a través de Hägerstrand y su *time-geography*. Tanto Giddens como Gregory emprendieron la reelaboración del concepto de geografía tiempo, *sin olvidar que se le debía dotar de una psicología social adecuada*” (las cursivas son mías). Por eso tal vez, la presencia *significante* de Freud en el espectro teórico de Giddens. Un discurso que, por ser político, en la búsqueda de su eficacia simbólica se convierte en pedagógico y queda atrapado en la fascinación que produce el discurso universitario.

La entrada de Freud en el discurso de Giddens, que pudiera haberse dado por la puerta de sus escritos más sociológicos, se produce mediante la fórmula de los deslices en el habla, un título que refiere a la técnica psicoanalítica, o en, todo caso, al abordaje de la psicopatología de la vida cotidiana; tal vez, a los propios deslices de Giddens evocando un nombre por entonces prácticamente inexplorado por la geografía académica. Sería abusivo pensar que Freud y el psicoanálisis comenzaron a ser objeto de atención en el discurso geográfico, a partir de su inclusión en los ejercicios teóricos de Giddens, pero sí cabe marcar la coincidencia entre la publicación de *La constitución de la sociedad* en 1984, y el incremento de indagaciones sobre el psicoanálisis en las nuevas teorizaciones de los geógrafos. Como señala Pile (1991: 460), a excepción del artículo innovador de Lowenthal sobre geografía, experiencia e imaginación⁸ —publicado en 1961— donde revisa algunos desarrollos del

miento, *Environment and Planning D: Society and Space*. El encuentro entre la geografía humana y la teoría social era esperado desde hacía mucho tiempo y su importancia es indudable. Realmente, la honra de la disciplina depende del éxito del proyecto...”.

⁸ El artículo pone de manifiesto el conocimiento de las relaciones entre la psicología y la antropología cultural propias del campo académico norteamericano de comienzos de la década del sesenta. Entre los autores asociados al psicoanálisis norteamericano, Lowenthal (1961: 252) cita a Erik Erikson y su libro *Childhood and Society* que “reaparecerá” en el discurso de Giddens que intento analizar.

psicoanálisis, y más recientemente en 1980, la utilización que hiciera Sack de *La interpretación de los sueños* en su exploración de las relaciones entre subjetividad y significación del espacio, la teoría psicoanalítica no estuvo presente hasta la segunda mitad de los años ochenta. Más adelante, la relación entre la teoría psicoanalítica y las líneas de investigación en geografía traspasará el carácter de islas en el tiempo.

Algunos pensadores como Pile (1991) explorarán las potencialidades metodológicas del psicoanálisis para la investigación social e intentarán su incorporación a los estudios sobre las relaciones entre el cuerpo y la vida cotidiana (Pile 1996), también se producirán diálogos fallidos, como los que se entablan en el marco de algunas perspectivas feministas⁹ (por ejemplo, Blum y Nast 1996). El mismo Harvey le imputará a Gregory (1995) no escudriñar las potencialidades del psicoanálisis para su conceptualización de las prácticas visuales.

Pero volviendo a la relación entre la geografía de Cambridge y Giddens, hemos visto cómo la geografía humana es construida como matriz disciplinar por los propios promotores de su apertura a las perspectivas críticas de las ciencias sociales;¹⁰ en particular me interesa cómo adquiere en el discurso de Giddens el carácter de una *categoría de interpelación política*, que sabe de la entusiasta acogida de la teoría de la

⁹ La afirmación se sustenta en la confusión que esas perspectivas feministas han producido entre el nivel de la identidad sexual y la identidad genérica. Como señala Lamas (1995: 40-1), "Scott dice que 'si la identidad genérica se basa sólo y universalmente en el miedo a la castración, se niega lo esencial de la investigación histórica'. Scott tiene razón al señalar que conceptualizar la identidad genérica sólo con base en el factor psíquico es negar la historicidad. Pero, ¿quién sostiene eso? Ni los psicoanalistas ni las feministas que trabajan con perspectiva psicoanalítica. La identidad genérica de las personas varía, de cultura en cultura, en cada momento histórico. Cambia la manera en como se simboliza e interpreta la diferencia sexual como referencia universal que da pie tanto a la simbolización del género como a la estructuración psíquica. (...) Muchas personas comparten el error de Scott de confundir *construcción cultural de la identidad genérica y estructuración psíquica de la identidad sexual*". El mismo Giddens (1992: 106 y ss.) en un libro donde sus prevenciones contra el psicoanálisis son manifiestas refrenda esta confusión de ciertas perspectivas feministas con relación al psicoanálisis.

¹⁰ Un analizador de esto es, tal como señala Glick (1994b: 20), que la geografía académica, "la última de las ciencias sociales que ha profesionalizado su propia historia", "entre 1984 y 1990 ha ingresado en un periodo de autoanálisis [...] excepcionalmente creativo".

estructuración en un campo académico como el de la geografía con posibilidades de proyección en el mundo anglosajón. Sin embargo, lo más interesante es horadar la *imagen de asimetría* entre la geografía de Cambridge y la sociología encarnada en Giddens.

Al contrario de lo que sucede en el mundo académico norteamericano o francés, históricamente la sociología no fue, y con dificultades lo es hoy, una disciplina central en Gran Bretaña. Como señala Anderson (1969: 31), Gran Bretaña es la única de las potencias europeas que no logró constituir una sociología clásica.¹¹ Y no sería exagerado distinguir que Giddens es uno de los primeros teóricos sociales de renombre asociado al campo académico de la sociología, en un contexto nacional que en las últimas tres décadas no ha sido precisamente infértil desde el punto de vista de su producción intelectual. Uno de los puntos notables es que el movimiento de renovación de la cultura académica británica estuvo a cargo de los miembros de la *New Left Review* (cf. Bassett 1996: 512 y ss.) y se generó, primordialmente, en el campo académico de la historia. Una renovación que no se circunscribe al contexto nacional británico, sino que la historia social inglesa —sobre todo la revisión historiográfica que propugnó— y ciertos desarrollos de la crítica literaria han repercutido durante las dos últimas décadas en la cultura intelectual a escala mundial. Una cultura intelectual, ya sea en lo académico o en el ejercicio de divulgación y formación de opinión pública, cada vez más afín a la postulación de —por lo menos en el nivel discursivo— una práctica transdisciplinaria como la que se instituye mediante los grupos de estudio, en torno a áreas temáticas, tales como los estudios de género, urbanos o culturales, cuyo género disciplinario es cada vez más “confuso”.

El recurso de Giddens a la interdisciplina para construir una teoría social transdisciplinaria tiene una inteligibilidad de carácter

¹¹ Anderson (1969: 31) nos dice “nada es más familiar que la inexistencia de un Durkheim, un Pareto o un Weber inglés: pero nada es más difícil de captar. Y, sin embargo, la no aparición de una sociología clásica en Inglaterra, y su consecuencia, la mezquina semivida que lleva actualmente esta materia, son acontecimientos históricos de enorme importancia”. Para Anderson, Parsons es el gran heredero de la tradición sociológica europea y la sociología se constituirá como disciplina en el mundo anglosajón a través del impulso norteamericano. Asimismo la carencia de una tradición sociológica se verá complementada por la inexistencia de una tradición marxista nacional y temprana como en Italia, Alemania o Francia.

político y se asienta en la construcción de legitimidad en el campo intelectual británico. La apelación a la historia y a la geografía, mediante una serie de rodeos que reinstalan en el centro de la escena argumental las vinculaciones históricas entre historia y geografía (en general a través de ejemplos referidos al campo académico francés, cf. n. 2) y de éstas con la sociología, no es sólo un canto de sirenas dirigido a los ávidos geógrafos de Cambridge, sino que puede ser leída como una estrategia de posicionamiento de la relativamente nueva y pujante sociología inglesa. O con mayor precisión, de esa categoría relativamente ausente en el panorama intelectual británico, el analista social.

Retorno a Freud. Giddens está preocupado por la estructuración de lo social y desea recuperar, para abordar esa empresa teórica, la dimensión estructurante de la vida cotidiana. Para ello uno de los ejes de su propuesta consiste en romper las concepciones tradicionales que naturalizan los niveles micro y macro sociales y que terminan asociando lo cotidiano con lo micro. A su vez, la discusión sobre el abordaje teórico-metodológico en torno a la construcción de lo micro y lo macro está atravesada por la tensión entre lo individual y lo social, y presentada como una disputa entre la "sociología estructural" y el "individualismo metodológico". Para abordar la dimensión cotidiana de la estructuración social, Giddens apela a la propuesta del interaccionismo simbólico de Goffman que como heredero del interaccionismo social de George Mead, fundó las bases para la construcción de un encuadre teórico que articula lo psíquico y lo social, en la noción de persona, sin privilegiar epistemológicamente ninguno de los dos niveles de análisis (aunque habría que preguntarse qué sucede si se convierten los niveles de análisis en registros ónticos).

Todo este rodeo es necesario para situar el sustrato táctico de la inclusión de Freud. Es sabido que los estudios sobre la vida cotidiana se consolidaron como línea de reflexión teórica bastante después de que Freud escribiera su *Psicopatología de la vida cotidiana* en 1901. El nexa entre el escrito de Freud y las teorías que tienen como objeto las prácticas cotidianas no es lineal, ni se fundamenta en una correspondencia conceptual. Pero sí, es evidente el impacto que causó la atención prestada a los olvidos de palabras y series de palabras o de impresiones, a las equivocaciones orales, a los errores de lectura o a los actos casuales; es decir un repertorio de pequeños acontecimien-

tos, hasta el momento invisibles a los ojos de la reflexión académica, con algunas excepciones como la de Simmel, quien abordara desde la novísima sociología académica temas como la mentira o el secreto.¹²

Estudios sobre las teorías de la vida cotidiana contemporáneos a la consolidación de Giddens como teórico social, como el de Wolf (1979)¹³ recorren los principales tópicos y vertientes sobre el tema sin hacer mención a antecedentes históricos o a resonancias significantes como la obra de Freud. Sin embargo, Freud está allí encabezando con su patronímico la nota crítica, o para dar la nota. El tema es cuál nota y para qué. O como sugiriera Foucault, cómo. Lo cierto, es que Giddens *se diferencia* de la perspectiva de Freud, aunque ésta no se proponga a sí misma como una perspectiva sociológica, y por lo tanto al actuar en un registro distinto al que le interesa a Giddens, no sea incompatible con la búsqueda de un concepto que articule la dimensión consciente de la vida psíquica con lo social. Sin embargo, un concepto como el de memoria que quiere ser comprendido en el propio proceso histórico de construcción de la espacialidad y la temporalidad por parte de los agentes, no es fácil de abordar sin deslindar posiciones. La memoria no puede ser fácilmente escindida de los procesos inconscientes; a su vez “lo inconsciente” se distribuye entre la institución freudiana de su descubrimiento y el “dimensionamiento” de un dominio no transparente para la persona o al menos no perceptible por la conciencia inmediata, tales como el inconsciente social de cuño durkheimniano o el cultural asociado al estructuralismo de Lévi-Strauss. Las consecuencias de ese deslinde, las presento como interrogante.

La crítica a Freud y la mención del psicoanálisis no se reducen a las notas críticas. Tampoco allí queda la relación con la geografía. Veremos, hacia el final del próximo apartado, cómo la yuxtaposición se desliza hacia la rutilante comparación.

¹² Una coincidencia con Freud es que “las formalizaciones del lazo social microscópico despojan en Simmel de todo impulso trágico a la acción interhumana” (González 1992: 24).

¹³ Casualmente el estudio de Mauro Wolf, profesor de Bolonia, en su breve introducción reproduce dos citas de Giddens tomadas de *Las nuevas reglas del método*.

El Freud que escoge Giddens

En el capítulo que preludia la nota sobre Freud, titulado “Conciencia, propio-ser y encuentros sociales”, Giddens (1984: 77) señala los objetivos que pretende alcanzar, “en primer lugar examinar[é] algunos problemas básicos conceptuales que nacen de conectar los principales conceptos de la teoría de la estructuración con *una interpretación de la naturaleza de lo inconsciente*”. Para esto recurrirá a los escritos de Erikson, los cuales le permitirán mostrar que “el registro reflexivo de encuentros en circunstancias de co-presencia se coordina de ordinario con componentes inconscientes de personalidad”, camino que, como se vio en el apartado anterior, lo llevará a la sociología de Goffman.

El primer subtítulo del capítulo mencionado comienza haciendo referencia al esquema freudiano de la “organización psíquica del individuo” constituido por los conceptos de ello, yo y super-yo, frente a los cuales *escancia una serie de críticas que imputan inconsistencias a Freud y que precisamente se relacionan con los aciertos de la ruptura epistemológica que el psicoanálisis freudiano produjo frente a las psicologías de la conciencia*, hasta ese momento incapaces de articular teoría, método y técnica en un proyecto de intervención clínica eficaz desde el punto de vista de la cura. Por otro lado, la posibilidad o no de “anexionar” la teoría freudiana a su propia teoría, entiendo que debe ser independiente del juicio que le merezca la coherencia interna de la teoría psicoanalítica.

Giddens se mete en un campo en el que parece no haber profundizado,¹⁴ o al menos que conoce por medio de interpretaciones como las que fueron desarrolladas en el psicoanálisis norteamericano y en

¹⁴ Un desarrollo como el que sigue refuerza mi argumentación: “Freud, desde luego, entendió al individuo como agente, pero también, con frecuencia, mencionó a ello, yo y superyó como instancias en el interior del individuo. En sus *escritos anteriores a 1920*, Freud solía usar el término *das Ich* para denotar la persona total y también una parte del alma (...) Inconsistencias terminológicas y transiciones parecen aquí indicios de dificultades conceptuales bastante más expresivas. Supongamos que *das Ich* sea una subdivisión del alma. ¿Cómo puede entonces decir Freud cosas tales como que el yo ‘se decide a desestimar la idea inconciliable’? ¿El decidir por el yo es algún proceso en miniatura del decidir por el agente? Indudablemente, esto no tiene mucho sentido. Freud además escribe, por ejemplo sobre el ‘deseo de dormir’ del yo, aunque mientras se duerme él ‘se mantiene alerta’ para proteger el dormir del soñante. Surge la misma clase de preguntas. ¿El dormir de quién desea el yo? ¿el del agente? ¿El de él mismo? ¿el despertar de quién debe impedir el guardián? Y así sucesivamente.

menor medida inglés. O, al menos, entiende la relación entre el psicoanálisis y la ciencia social en términos de aplicación instrumental y no de articulación teórica en el plano de la reflexividad. Como afirma Recio (1994: 487) “producir otra modalidad de relación consiste en pensar que el estatuto del psicoanálisis es semejante al de la lingüística. Es decir, lingüística y psicoanálisis son teorías generales de las ciencias sociales porque a partir de ellas, se puede dar cuenta de lo social. Diferentes saberes, como la semiología o la antropología, la historia de las mentalidades o la investigación sociológica de textos y discursos, pueden remitirse a la lingüística o el psicoanálisis, mientras que *la lingüística o el psicoanálisis no son abordables a partir de estos saberes*” (las cursivas son mías).

De este modo, frente a lo que interpreta como inconsistencias propias de la teoría psicoanalítica, sugiere —en contraposición, más argumental que teórica, a la tríada que Freud¹⁵ propone para abordar la complejidad del aparato psíquico— los conceptos (también una tríada) propuestos por el “modelo de la estratificación”: sistema de seguridad básica, conciencia práctica y conciencia discursiva. Donde las reminiscencias de la lectura que hiciera Parsons de Freud, son manifiestas. De este modo el concepto de inconsciente regresa al plano de lo preconscious del que Freud lo había sacado, y queda inscrito en un plano poscartesiano, aunque prefreudiano,¹⁶ para cuya postulación no es necesaria la polémica con Freud. Los siguientes extractos del discurso de Giddens circunscriben el malentendido que intento señalar.

Al definir los conceptos mencionados, Giddens (1984: 84-5) sostiene que “en un plano de definición conceptual, estos apuntes son bas-

Considérese, por último, la caracterización más general de Freud sobre las tareas del yo. El yo tiene la tarea de ‘autoconservación’, que lleva a cabo ‘aprendiendo a producir cambios en el mundo exterior en beneficio propio’. ¿Pero qué propio-ser defiende el yo? ¿Es su beneficio también mi beneficio?” (Giddens 1984: 78; las cursivas son mías). Por otro lado cabe preguntarse por qué Giddens refiere a los escritos anteriores a 1920, cuando precisamente alrededor de esos años se inicia una de las rupturas epistemológicas más fructíferas de Freud mediante la centralidad del concepto de pulsión de muerte en su dispositivo teórico.

¹⁵ Una versión final sobre la articulación conceptual entre ello, yo y super-yo puede verse en Freud (1940).

¹⁶ Una referencia ineludible sobre la institución epistémica del campo psicoanalítico, a través del concepto de inconsciente puede verse en *La ciencia y la verdad* de Lacan (1966b).

tante acordes con el uso característico que hace Freud de 'lo consciente' y 'lo inconsciente'. Pero la tesis de que la mayor parte de las actividades cotidianas carece de motivación lleva a cuestionar el modelo de motivación con el que Freud trabajó en general. Para Freud, todas las actividades humanas están motivadas, incluidos (por ejemplo) aparentes casualidades o 'errores' como el trastrabarse al hablar. Freud se empeñó mucho precisamente en demostrar que fenómenos que se supondrían "accidentales" tienen de hecho su origen en motivos (inconscientes). No parece haber razón para cuestionar la calidad esclarecedora de las intuiciones de Freud en estos temas... [pero] En lugar de suponer que todo 'acto' tiene su correspondiente 'motivo', debemos entender la correspondiente 'motivación' por referencia a procesos. Lo cual significa, en concreto, que lo inconsciente sólo rara vez hace intrusión directa en el registro reflexivo de una conducta. Tampoco las conexiones en cuestión se originan en mecanismos psicológicos interiores a la personalidad del actor individual; están mediadas por las relaciones sociales que los individuos mantienen en las prácticas de rutina de su vida diaria".

El fragmento pone de manifiesto la imposibilidad de Giddens para entender el registro propio del psicoanálisis, como así también la *confusión entre la noción de individuo y el concepto de sujeto* en la teoría freudiana. Algo así como una interdicción, que el empirismo propio de cierto pensamiento británico impone a la consideración de la complejidad de la articulación entre lenguaje, discurso y subjetividad en la estructuración del psiquismo humano y en otro nivel, pero inescindible del anterior, de lo social mismo. A Giddens (1984: 150) parece *no faltarle* lo mismo que le critica a la geografía histórica de Hägerstrand; es decir, que "incluye una tenuemente elaborada teoría del poder".¹⁷ A lo que yo agregaría, la falta de una teoría adecuada sobre como alguien deviene sujeto mediante la entrada en la estructura del lenguaje y la ley, por lo tanto en el orden simbólico de la cultura y en el orden práctico de la sociedad.

¹⁷ En ese sentido parece paradójico, cómo Harvey (Gregory 1995) que como antes señalé, le reclama a Gregory su timidez o displicencia frente al psicoanálisis, le sugiera re-leer "a Giddens para así recordar el doble sentido del poder a los fines que pudiera reflexionar sobre el 'para qué y para quienes se va usar el poder'. No creo que la concepción del poder de Giddens sea satisfactoria, pero en todo caso Giddens no menciona las cuestiones de representación y autorización" (Gregory 1995).

La asociación que realiza Giddens (1984: 86) entre las perspectivas objetivistas y la teoría lacaniana es procaz, y endeble por lo mismo que afirmé anteriormente. Dice que no es muy difícil ver por qué se produce esa asociación, ya que “el objetivismo, como muchos relatos de lo inconsciente, considera el registro reflexivo de la acción como mera espuma sobre la superficie de la actividad humana, cuyos verdaderos orígenes están en otra parte. Para confeccionar un relato de (algunos rasgos de) lo inconsciente y las relaciones sociales, no seguiré esas versiones del psicoanálisis estructuralista, asociadas en particular con Lacan que hoy gozan de favor en ciertos círculos. Aunque es innegable que los escritos de Lacan contienen ideas de gran interés, en mi opinión expresan una concepción empobrecida del agente”. Respecto a esto último, es necesario señalar que la asociación entre el objetivismo y la teoría lacaniana, se inscribe en una evaluación política —más general— de Giddens que excede las particularidades del psicoanálisis de Lacan, y que en algún punto subsume dicha perspectiva en un conjunto construido como filosofía contemporánea francesa, la cual se asocia con el “neoconservadurismo de Gran Bretaña y los Estados Unidos” (Sauquillo González 1989: 305).¹⁸

Si seguimos la última afirmación de Giddens, vemos que para evitar el empobrecimiento del agente apela a quienes precisamente fueron atacados por Lacan (dicho por él mismo), los psicólogos del yo (Sullivan, Horney, Erikson, Kardiner son los nombres que menciona), que —aunque ensombrecidos por esas polémicas— pueden aportar elementos conceptuales interesantes para su perspectiva.

Los adherentes a la psicología del yo se nuclearon en dos grupos frente a “las formulaciones ‘clásicas’ [ergo Freud y lo que el mismo

¹⁸ Sauquillo González (1989: 305) sostiene basándose en un artículo de Giddens denominado *From Marx to Nietzsche? Neo-conservatism, Foucault, and problems in contemporary political theory*, publicado dos años antes de *La constitución de la sociedad* en 1982, que “para Giddens, los nuevos filósofos [franceses] son los desilusionados supervivientes de los acontecimientos de mayo del 68, que se deslizan de Marx a Nietzsche. Existe una antítesis entre Marx (la radicalización de la propiedad) y Nietzsche (la radicalización del poder) que abre la puerta a los desilusionados. Tal viraje teórico, en realidad, solamente afectó a quienes vieron desde adentro la crisis del marxismo y buscaron urgentemente en el pensamiento nietzscheano una solución de recambio. De hecho el pensamiento francés recogía la reflexión de Nietzsche, con absoluta originalidad, mucho antes de que se produjese el mayo francés”.

entendía como la fertilidad de sus aportes a la clínica] del psicoanálisis". Por un lado, como dice Giddens (1984: 87), "los que hicieron propia la perspectiva de Anna Freud. A saber argumentaron que la absorción de Freud en la represión y lo inconsciente lo condujo a descuidar los componentes más cognitivos, racionales, del agente". Un grupo al que podemos denominar los *pedagogistas* y que se entronca con uno de los desarrollos del psicoanálisis en Gran Bretaña, el de la misma Anna Freud y el ambientalismo de Glover. Por otra parte los que "se vieron influidos por los escritos de analistas de la sociedad, en especial antropólogos, demostraban la extrema diversidad de los modos de vida social humana" (*idem.*). Allí, Giddens recurre a la ya trillada argucia crítica de reconocer la importancia de los escritos de Freud (1927, 1930 entre otros) sobre temas culturales o sociales, pero no dejar de señalar su adscripción al evolucionismo decimonónico; y marcar que reconocer la diversidad cultural lleva a reconocer la diversidad que la socialización temprana implica, como si eso, por ejemplo, alterara un universal como la castración.¹⁹ Este segundo grupo al que podemos denominar los *culturalistas* operó una reducción de la especificidad del nivel psíquico a la cultura, que si bien redundó en un beneficio frente a perspectivas como el biologicismo médico anterior al advenimiento del psicoanálisis y las ciencias sociales, se constituyó en un obstáculo para el desarrollo de la clínica y la consideración de la teoría psicoanalítica como una teoría general.

Giddens (1984: 94) entiende que en la teoría psicoanalítica el "término identidad del yo" tiene un carácter polisémico, ya que según la lectura de Erik Erikson tiene por lo menos cuatro connotaciones y un "excesivo trabajo conceptual". Por eso opta por Erikson²⁰ que "junto con

¹⁹ Una buena síntesis de la conceptualización lacaniana sobre la castración nos la da Recio (1994: 489), "la inserción del viviente en el lenguaje implica una pérdida de goce. Hablar es perder satisfacción autoerótica y dirigir la demanda al Otro [campo del Otro] (sexo). La castración no es la prohibición de un padre (imaginario), sino la ley simbólica. Lo que castra es el lenguaje. La castración es el paso de la satisfacción muda de la demanda del Otro. Un operador que transforma al viviente en un sujeto".

²⁰ Michel de Certeau (1987: 88) al analizar las derivas nacionales del psicoanálisis afirma que "la adopción de los métodos vieneses [en E.U.A.] deja intacta la confianza estadounidense en los recursos profundos del ego y en la capacidad que tiene la sociedad de garantizar la *self-expression* de los individuos al integrarlos. [...]. El privilegio, concedido a la historia personal apunta, en consecuencia, menos a una reducción del psicoanálisis a una terapia individual, que a una representación de un

Sullivan, son quizá las dos personalidades que sobresalen entre los escritores que han preservado ciertos elementos universales del relato original de Freud sobre los estadios del desarrollo psico-sexual al mismo tiempo que adoptaban contribuciones provenientes de las ciencias sociales” (Giddens 1984: 87). El párrafo muestra una de las confusiones de Giddens. Freud no ignoró las ciencias sociales de su tiempo y menos aún desconoció la importancia del contexto sociocultural en el proceso analítico, tal como lo demuestra la importancia que asignó al lenguaje, pero no por eso se precipitó en un culturalismo, como los adherentes a la *ego-psychology* que lo hubiera desviado de la *legalidad propia del objeto y la práctica del psicoanálisis* que el mismo fue construyendo mediante un trabajo sostenido en el tiempo.²¹

Tal vez por eso, Erikson le satisface a Giddens, porque le facilita una teoría de la dinámica psíquica que se encuentra en el mismo registro de la máxima durkheimniana de que lo social debe ser explicado por lo social. Un presupuesto en términos históricos, inobjetable, ya que permitió en los periodos de su formación, definir el estatuto de las ciencias sociales; pero que enrarece la argumentación si se lo utiliza para *imputarle* a Freud, como tiro por elevación, una perspectiva que postula la idea de un sujeto individual gobernado por oscuras pasiones o instintos que afloran de su interior y la falta de un suplemento social que complementa el énfasis puesto en lo individual. Cuando por el contrario “las intervenciones de Freud en la historiografía [sus aportes epistemológicos] son casi quirúrgicas (...) [ya que] invalidan la ruptura entre psicología individual y psicología colectiva [y] consideran lo ‘patológico’ como una región donde los funcionamientos estruc-

tipo de sociedad. Así, las sutiles biografías de E. H. Erikson presentan el modelo *social*, medio político, medio religioso, del pionero que, liberado de la ley del padre, supera la antinomia entre rebelión y sumisión. *En esos espejos de una mítica USA, la separación con relación a Freud tiende, primeramente, a la reconstrucción de una transmisión psicoanalítica por una experiencia nacional.* La relación que estos textos mantienen con la historia no se mide solamente en el conocimiento (insuficiente) de los archivos, sino en el hecho de que ellos simbolizan una historicidad americana (aun si no son pensados como tales)”.

²¹ El trabajo de Freud como organizador de un espacio epistémico es encomiable, ya que para construir la legitimidad del psicoanálisis como teoría y práctica de la clínica tuvo que diseñar estrategias políticas que evitaran su destrucción por vías tan diversas como la prohibición lisa y llana hasta la integración sutil en otros dominios de saber.

turales de la experiencia humana se exacerban y se revelan" (de Certeau 1987: 80).

Me atrevo a decir que el Freud de Giddens es una invención que se revela productiva sólo a través de la primacía de una lógica política. Es cierto que Erikson le permite una articulación simple en el plano de la teoría, ya que su esquema conceptual facilita una anexión instrumental; pero, como señalé anteriormente, contraponer a Erikson y a Freud es un movimiento argumental del que hubiera podido prescindir para lograr la articulación teórica que pretende. Entonces, parece que se trata de insistir en los límites.

Otra escena de la escritura. ¿Por qué Freud? Como señalé con anterioridad, hubiera bastado basarse en Erikson sin contraponerlo a Freud. Pero, por un deslizamiento metonímico, Freud es un nombre intercambiable con el psicoanálisis (hasta podemos decir que se trata de una operación metonímica que ha devenido un territorio de sentido asimilable a un emblema), a diferencia de Erikson que, por los caminos que ha transitado el psicoanálisis norteamericano, quedó inscrito en otro lugar.²²

²² Lacan (1966a: 386) cuenta en relación al viaje de Freud a los Estados Unidos, una anécdota que le permite ilustrar el derrotero del psicoanálisis en aquel país. "Así es como la frase de Freud a Jung, de cuya boca la conozco, cuando invitados los dos en la Clark University, tuvieron a la vista el puerto de Nueva York y la célebre estatua que alumbra al universo: 'No saben que les traemos la peste', le es enviada de rebote como sanción de un hybris cuyo turbio resplandor no apagan la antifrisis y su negrura. La Némesis, para agarrar en la trampa a su autor, sólo tuvo que tomarle la palabra. Podríamos temer que hubiese añadido un billete de regreso en primera clase. [...]. En verdad, si tal cosa sucedió sólo a nosotros tendremos que reprochárnoslo. Porque Europa parece más bien haberse sustraído a la preocupación lo mismo que al estilo, si no a la memoria, de los que salieron de ella, con la represión de sus recuerdos".

La mordacidad de Lacan obedece al viraje que dio el psicoanálisis norteamericano hacia la psicología del yo, rumbo que no puede dejar de relacionarse con el desarrollo de las teorías de la desviación. La articulación entre las teorías psicológicas inspiradas en el psicoanálisis y la teoría sociológica en la conceptualización de la desviación produjo un efecto de psiquiatrización del análisis social. A la vez, en los años cincuenta el impacto del psicoanálisis en la psiquiatría norteamericana coadyuvó a la medicalización de la clínica psicoanalítica. Como señala Hale (1978: 15) "aun cuando los psicoanalistas norteamericanos eran más moralistas que los europeos, seguían siendo más iconoclastas que la psiquiatría de su país. Dado que los psiquiatras incorporaron el psicoanálisis mayormente en los años cincuenta, las teorías de Freud se volvieron en sus manos más blandas y normativas. El divorcio, la falta de hijos y la soltería quedaron mezclados con los signos

Otra escena de la respuesta. A fines de la primavera de 1938, después de la invasión alemana y en medio de los acontecimientos que llevaron a la conformación del Anschluss, Freud se exilió en Londres. La propia gravitación de su nombre le hace pensar que Londres se ha convertido en el centro del movimiento psicoanalítico; es más, ese era su anhelo.²³ Como en buena parte de las humanidades y las ciencias sociales —con excepción de la economía y la crítica literaria, y en cierto modo la antropología— en Gran Bretaña, el psicoanálisis fue desarro-

más evidentes de los desórdenes nerviosos. Una terapéutica psiquiátrica diluida se volvió equivalente a una corrección de la desviación. Y ya que la psiquiatría incorporaba al psicoanálisis, ¿cómo el público común norteamericano podía distinguirlos? Identificada con el establishment moral y social, produjo una ruidosa confusión en los avisos de periódicos, las revistas femeninas y la prensa popular" (traducción de la Cátedra de Historia de la Psicología, Fac. de Psicología, UBA). En relación con los debates sobre el análisis profano (es decir ejercido por los no médicos), el mismo Freud insistió en la profundización de la política de promoverlo; en 1938 frente a los rumores que se generaron en los Estados Unidos sobre su cambio de opinión afirmó que "lo cierto es que nunca he negado esos puntos de vista, e insisto en ellos incluso con más fuerza que antes frente a la clara tendencia americana a convertir al psicoanálisis en una mera sirvienta de la psiquiatría" (Freud citado en Vicens, 1983: 16).

Destellos interesantes sobre el impacto de Freud en el pensamiento sociológico norteamericano y sus derivaciones en la teoría y la operativa del control social pueden verse en Melossi (1990). El mismo autor recupera en el texto la propuesta de Giddens sobre una investigación reflexiva, donde la estructura normativa de la ciencia no debe reemplazar el trabajo reflexivo de los miembros de la sociedad.

²³ En carta a Ernest Jones, fechada en Londres el 7/3/39, Freud (1988: 507) le escribe "habré de contentarme con enviar a su Sociedad en esta ocasión un saludo cordial y mis deseos más sinceros desde tan lejos y, sin embargo, tan cerca. Los acontecimientos de los últimos años han convertido a Londres en sede principal y centro del movimiento psicoanalítico". En relación con las motivaciones de Freud para mantener a Jones en la presidencia de la IPA (Asociación Psicoanalítica Internacional), Mannoni (1968: 147) nos cuenta que "Freud era y siempre permaneció partidario del análisis profano. Jones era entonces presidente de la Asociación; Freud lo mantenía no tanto por su competencia doctrinal (que era real, aunque Ferenczi o Abraham lo habrían hecho mejor), sino porque deseaba un presidente no judío y extranjero. Jones estaba de total acuerdo con Freud sobre el principio del análisis profano pero también pensaba en preservar la Asociación...".

Otra anécdota me lleva a Buenos Aires, lugar desde el cual escribo. En 1943 se funda la Asociación Psicoanalítica Argentina, "el saludo de Ernest Jones a los argentinos que fundan la Asociación Psicoanalítica es revelador ("¡olvíden el alemán, hay que saber inglés!"). Los deseos de Jones fueron satisfechos, quizá por un sesgo diferente al esperado: en pocos años el discurso de Melanie Klein había sustituido completamente al de Freud. También el psicoanálisis norteamericano propuso alguna superación y el mito del progreso embargó al grupo.[...] Lo que es posible que no estuviese en los cálculos de nadie es que vía Francia el discurso de Lacan mandaría de

llado por "expatriados".²⁴ Más allá de la labor de Anna Freud, el impulso del psicoanálisis se debió a Melanie Klein (y sus discípulos Winnicott, Bion, Isaacs entre otros), la cual desarrolló una vertiente que en muchos sentidos se alejó de los principales presupuestos freudianos. Pero más allá del rumbo que adquirió la teoría psicoanalítica kleiniana,²⁵ el psicoanálisis no incidió en la producción cultural británica, y en términos generales "ha permanecido cerrado y aislado, se le trata de enclave técnico, esotérico y especializado, sin relación alguna con los objetivos de la corriente central de la cultura 'humanista'" (Anderson 1969: 96), a diferencia de lo que ocurrió en el "continente" o en los Estados Unidos.²⁶

Uno de los casos aislados que constituyó un intento de diálogo entre el psicoanálisis y la teoría social es la lectura que Bronislaw

vuelta al lugar excluido: Alemania. Si es necesario comprender alguna cosa del pensamiento moderno, hay que partir de que el mismo es inseparable de la producción alemana: Kant, Hegel, Nietzsche, Heidegger, el mismo Freud. Incluso, la producción cultural de Francia es —en lo que va del siglo— una lectura del pensamiento alemán (que a su vez lee, con Marx, la economía inglesa para encontrar lo forcluido del discurso de la Revolución Francesa, es decir, la plusvalía)" (García 1980: 58).

²⁴ Un grupo al que Anderson (1969: 48-55) denomina la emigración "blanca" por provenir de los países de habla alemana o los del este de Europa.

²⁵ Octave Mannoni (1968: 154) sostenía en un libro contemporáneo al de Anderson que si los psicoanalistas ingleses "se alejan del campo simbólico y del lenguaje lo suficiente para perderlo totalmente de vista y si se comprometen sin remisión en los caminos biologizantes, corren el riesgo de suprimir al psicoanálisis británico sus únicas fuentes de inspiración y esterilizarlo". El caso de Donald Winnicott merece una mención especial, ya que mantuvo una posición intermedia en la disputa entre Anna Freud y Melanie Klein, sin por ello lograr constituir "escuela" en torno a la originalidad de su conceptualización.

²⁶ Giddens (1990: 95) en una obra más reciente, *Consecuencias de la modernidad*, al indagar en vertientes psicológicas para analizar la constitución de los sujetos y las relaciones de objeto en la producción de la cultura, opta por el psicoanálisis de la escuela inglesa en la figura de Winnicott. En nota al pie, con indiferencia sutil, deja entrever que más allá de la recuperación que la ciencia social está realizando de la obra de Lacan, ésta no se ajusta a su esquema conceptual.

El mismo Anderson señala que el aislamiento del psicoanálisis en Gran Bretaña obedece a la política que los mismos psicoanalistas, como Jones y Glover, se dieron para evitar una vulgarización del pensamiento de Freud, la cual llevó a una difusión insular de sus escritos. Aunque ese fue sólo uno de los factores ya que el primordial parece haber sido la recepción en el contexto intelectual inglés. Por ejemplo, "¿Cuál ha sido la recepción de los filósofos ingleses frente al psicoanálisis? En general han reprimido toda conciencia de su existencia. Ninguno de ellos se ha enfrentado a la presencia del psicoanálisis y sus consecuencias para su propia filosofía. Unos pocos han tratado de hablar de él como si se tratara de una anomalía o caso especial" (Anderson 1969: 99-100). Allí están las invectivas de Popper (otro expatriado proveniente de esa "patria chica" que fue Viena en el fin de siglo).

Malinowski —otro expatriado—²⁷ hace de la teorización freudiana del complejo de Edipo. Donde Malinowski confunde el nivel de los procesos de estructuración psíquica de carácter universal, tal como lo habilita el descubrimiento del inconsciente, con el nivel de las instituciones socioculturales y por lo tanto colige que en ciertas modalidades culturales de organización del parentesco, que presentan instituciones como el avunculado —que él “verifica” en Trobriand— el complejo de Edipo es inexistente. Una confusión, que le impide distinguir en toda su magnitud entre las posiciones determinadas por la biología (“tío” “padre”, entendidos como lazos consanguíneos), y las funciones simbólicas (materna, paterna), eventualmente asumidas por diferentes personas según las distintas culturas o grupos domésticos. Paradójicamente, posturas como las de Malinowski, que entendía a las instituciones sociales como respuestas a necesidades orgánicas²⁸ tendrían su cara complementaria en un cierto biologicismo que la deriva del psicoanálisis inglés instituiría, mediante una normativa lectura de Freud, como propio del freudismo. A corregir la peculiar lectura de lo pulsional que realizara Klein vendría otra postura reductora pero hacia lo “ambiental”, típica de la pedagogía y la psicología educacional de la posguerra, en las figuras de Anna Freud y Ernest Glover. A corregir la teoría de la cultura como

²⁷ Malinowski había nacido en esa porción de Polonia que tras las particiones del siglo XVIII quedó bajo el dominio del imperio austríaco. Si bien “quisiera dejar expresado aquí que ningún polaco honesto y sincero no puede sino alabar el régimen político de la antigua monarquía dual. La Austria anterior a la [primera] guerra presentaba en su constitución federal, a mi juicio una excelente solución a los problemas de las minorías” (Malinowski citado en Gellner, 1985: 69), no se sabe, como diría Gellner “si deseaba permanecer leal a Polonia o al Imperator”. Lo cierto es que antes de comenzar la guerra, luego de pasar por Leipzig y estudiar con el psicólogo experimental W. Wundt, Malinowski se fue a Inglaterra, y en 1914 como colaborador de Seligman partió hacia Melanesia, donde se iniciaría ese trabajo de campo mítico que convertiría a Malinowski en el antropólogo laureado del imperio británico”. Años más tarde los habitantes de esas islas le permitirían a Malinowski poner “a prueba” las teorías de Freud.

²⁸ Un análisis sobre las tensiones presentes entre los presupuestos positivistas y el “pragmatismo biologizante” (inspirado en Ernest Mach) en el discurso de Malinowski puede verse en “Zenón de Cracovia o Revolución en Nemi o El desquite polaco” Gellner (1985: 58-85). El recorrido resulta interesante ya que trama las dimensiones política y epistémica de la producción del discurso, e intenta relacionarlas con aspectos biográficos de la trayectoria intelectual de Malinowski.

satisfacción de necesidades básicas de Malinowski,²⁹ vendría el estructural funcionalismo británico con una teoría de la interacción social de carácter normativo que subsume a la persona (o al individuo) en la lógica de la matriz social.

Así las derivas del psicoanálisis en Gran Bretaña, *entre la visión del individuo gobernado por lo instintivo y la visión del individuo modelado por la cultura y la sociedad, presa en definitiva en el dilema que opone instinto a razón, se extravió la pulsión, y con ella la posibilidad de entroncar el análisis social con un psicoanálisis que, sin deslizarse por la reducción de su objeto específico, pudiera nutrir —en el trabajo reflexivo de su extensión— a la investigación social.*

A su llegada a Londres, Freud retoma, o decide publicar, una serie de trabajos en los que profundiza la línea de análisis que estableciera a principios de la década anterior con la postulación del concepto de pulsión de muerte o destrucción³⁰ en *Más allá del principio del placer*. Uno de ellos reúne una serie de notas breves escritas en 1938. La penúltima, fechada el 22 de agosto, muestra la densidad conceptual de ese sujeto del inconsciente, objeto del psicoanálisis que, como señalara Lacan (1966b) tuvo y tiene como condición necesaria, mas no suficiente, al sujeto de la ciencia. Pero que instituyó, con la fuerza de esos hiatos epistemológicos que constituyen puntos de no retorno en el saber, el encuentro definitivo del hombre con lo ominoso —como diría Kristeva el ser extranjeros para nosotros mismos— es decir con su propia extranjería ontológica.

Entre la pregunta y la afirmación, Freud (1941: 302) dice que “la espacialidad acaso sea la proyección del carácter extenso del aparato psíquico. Ninguna otra derivación es verosímil. En lugar de las condiciones *a priori* de Kant, nuestro aparato psíquico. Psique es extensa, nada sabe de eso”. En una dirección similar, un programa de investigación que eluda la extranjería ontológica de lo humano —esa inquietante

²⁹ Como ya lo señalara Geertz en *El antropólogo como autor*, la obra de Malinowski presenta el signo de la paradoja. Y lo interesante es no entender la distancia entre sus afirmaciones como contradicciones sino como las vacilaciones de una travesía, sin que por ello, claro está, quede descartada la crítica a las inconsistencias de cualquier discurso de investigación.

³⁰ La última teorización de Freud sobre el concepto de pulsión puede verse en *Esquema del psicoanálisis* (1940).

extrañeza que instala como supuesto teórico la escisión del sujeto— es entonces el *anhelo* de una perspectiva que desconoce lo que ya no tiene que ser “probado”. Defender al psicoanálisis, cuyo desarrollo teórico resulta imprescindible para el trabajo de conocimiento de lo social, no es entonces una tarea exclusivamente epistémica sino también política pero que debe ser resuelta en el terreno del debate epistemológico que se desprende de los aportes ineludibles que ha realizado y no en el de la mera convicción.

El derrotero teórico del psicoanálisis no es ajeno a las vicisitudes políticas que llevaron a Freud hacia ese, por entonces, centro de los asuntos mundiales. Como en las pantallas del cine, todavía en 1938, muchas cosas giraban en torno de Trafalgar Square. Aunque, como dice García (1980) pocos se imaginaban que el retorno a Freud se produciría a partir de Lacan. Con el encanto de las sorpresas, inesperadamente, para hablar de la regionalización del cuerpo, Giddens se ve compelido a mencionar al psicoanálisis y a Lacan, en una *mise en scene* respaldada por la fuerza de nobleza obliga, aunque esas “versiones” le provoquen una aversión que lo hace perderse en la columna de Nelson.

Así, al finalizar esta excursión, podemos ver que en uno de los capítulos donde construye la sociedad con la geografía —“Tiempo, espacio y regionalización”— una asociación, aparentemente libre, devuelve, como señalé, el psicoanálisis ¡lacaniano! a su discurso; y Giddens que se muestra tan reacio a sondear la utilidad cognoscitiva de las metáforas energéticas en el proceso de intelección que realiza Freud sobre el psiquismo, no renuncia a las imágenes que refuerzan la trama de su propia argumentación. De este modo, “la regionalización del cuerpo, tan importante en psicoanálisis —que, según afirma Lacan, investiga ‘aberturas sobre la superficie’ del cuerpo—, tiene una contrapartida espacial en la regionalización de los contextos de interacción. La regionalización cerca zonas de espacio-tiempo, un cercamiento que permite sostener relaciones diferenciadas entre regiones ‘anteriores’ y ‘posteriores’ que los actores emplean para organizar la contextualidad de una acción y el mantenimiento de una seguridad ontológica” (Giddens 1984: 156). ¿Será por aquello de que Londres³¹ bien vale una misa?

³¹ O Nueva York. Claro está que —como diría Lévi-Strauss, sólo si aísla los extremos la contradicción permanece— he forzado los discursos y construido algo así

Exoducción

ni los mismos seguidores de Freud le perdonan eso que en definitiva Freud venía a decirnos: que lo serio del hombre consiste en que el hombre está estructurado como un chiste.

OSCAR MASOTTA

Freud constituye una marca que le permitió estructurar a Giddens la diferencia de la teoría de la estructuración respecto de otras teorías y posicionar la sociología en el campo académico británico. Es a través de Giddens, aunque en el *regazo de la crítica*, que se produce —con garantía de resonancia intelectual— uno de los retornos de Freud a la sociología inglesa y el ingreso con la fuerza de una lectura ineludible en el discurso geográfico, o al menos en los soportes materiales de un discurso que circula en los medios académicos geográficos; a no ser que se salteen las páginas (cf. Giddens 1984: 36).

El nombre de Freud pero también el de la geografía, deben ser analizados e interrogados a partir de su productividad táctica y su integración estratégica. Aquí la pregunta no es por el sentido, sino por los efectos de poder que los usos del lenguaje producen a través del discurso. Tal como sugiriera Foucault (1976: 124) “a los discursos no hay que preguntarles ante todo de cuál teoría implícita derivan o qué divisiones morales acompañan o qué ideología —dominante o dominada— representan, sino que hay que interrogarlos en dos niveles: su productividad táctica (qué efectos recíprocos de poder y saber aseguran), y su integración estratégica (cuál coyuntura y cuál relación de fuerzas vuelve necesaria su utilización en tal o cual episodio de los diversos enfrentamientos que se producen)”.

como el estereotipo de “una lectura anglosajona” del psicoanálisis de Lacan de la que Giddens sería una versión exacerbada. Sin duda, las dos últimas décadas han visto emerger formaciones de pensamiento heterogéneas y productivas con buena recepción en el mundo de habla inglesa como las de Laclau, Jameson o Žižek, sin embargo las prevenciones contra lo que el psicoanálisis tiene de irreductible para los abordajes historicistas, siguen vigentes, y allí radica buena parte de la eficacia discursiva que los discursos, como el de Giddens, tienen en el campo universitario de las ciencias sociales. Un ejemplo más reciente de esta afirmación es el libro de Elliot (1992) *Teoría social y psicoanálisis en transición*, en el cual la línea que debe separar normatividad y normativismo, relatividad y relativismo está desdibujada.

El mismo Foucault (1970) nos dice que los discursos deben abordarse como prácticas discontinuas que pueden entrecruzarse, yuxtaponerse pero también excluirse o ignorarse. Una concepción del discurso como relación o lazo social como la que comparten Foucault y Lacan (Recio 1994) plantea que el discurso carece de referente, es decir que el referente mismo es producido por el discurso, no porque no haya un mundo material más allá de la relación sino porque este adquiere el estatuto referencial cuando es bordeado por la criba de la significación.

A más de quince años de aquella publicación, psicoanálisis y geografía siguen coexistiendo en el no lugar del discurso de Giddens, en una yuxtaposición que muestra una estrategia política —acaso sin estrategia pero no por eso menos responsable— que se *inscribe como efecto teórico*. Tal vez por lo mismo yo esté escribiendo estas notas y, en el envés de perseguir obstinadamente un efecto de poder, me encuentre con la posibilidad de “transmitir” las potencialidades de una teoría —el psicoanálisis— para la investigación de lo social o de la práctica que permite analizarlo.

Bibliografía

- Anderson, Perry, 1969, *La cultura represiva. Elementos de la cultura nacional británica*, Anagrama, Barcelona, 1977.
- Bassett, Keith, 1996, “Postmodernism and the crisis of the intellectual: reflections on reflexivity, universities, and the scientific field”, en *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 14, núm. 5, pp. 507-527.
- Blum, Virginia y Heidi Nast, 1996, “Where’s the difference? The heterosexualization of alterity in Henri Lefebvre and Jacques Lacan”, en *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 14, núm. 5, pp. 559-580.
- Certeau, Michel de, 1987, *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, UIA/ITESO, México, 1995.
- Elliot, Anthony, 1992, *Teoría social y psicoanálisis en transición. Sujeto y sociedad de Freud a Kristeva*, Amorrortu, Buenos Aires, 1995.
- Escolar, Marcelo, 1991, *Un discurso “legítimo” sobre el territorio. Geografía y ciencias sociales*, Instituto de Geografía, UBA, Buenos Aires.
- Foucault, Michel, 1970, *El orden del discurso*, Tusquets, Buenos Aires, 1992.

- Foucault, Michel, 1976, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Siglo XXI, México, 1987.
- Freud, Sigmund, 1901, "Psicopatología de la vida cotidiana", en *Obras completas*, tomo I, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- Freud, Sigmund, 1927, *El porvenir de una ilusión* y (1929) *El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, t. XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.
- Freud, Sigmund, 1940, *Esquema del psicoanálisis* y (1941) *Conclusiones, ideas, problemas*, en *Obras completas*, t. XXIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.
- Freud, Sigmund, 1988, *Epistolario. Años 1910-1939*, Hyspamérica, Buenos Aires.
- García, Germán, 1980, *Oscar Masotta y el psicoanálisis del castellano*, Editorial Argonauta, Barcelona.
- Gellner, Ernest, 1985 *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Gedisa, Barcelona, 1989.
- Giddens, Anthony, 1984, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires, 1991.
- Giddens, Anthony, 1990, *Consecuencias de la modernidad*, Alianza, Madrid, 1997.
- Giddens, Anthony, 1992, *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Glick, Thomas, 1994a, "La nueva geografía" y (1994b) "Sobre la geografía académica y los geógrafos. La nueva historiografía de la geografía", en *La geografía hoy. Textos, historia y documentación. Suplementos*, núm. 43, *Anthropos*, pp. 32-41 y 19-32.
- González, Horacio, 1992, *La ética picaresca*, Altamira/Nordan Buenos Aires, Montevideo.
- Gregory, Derek, 1995, "Un inconsciente geográfico: espacios para diálogo y diferencia", en: *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 85, núm. 1, pp. 175-186.
- Hale, Nathan, 1978, "De Berggasse 19 al Central Park West: la americanización del psicoanálisis 1919-1940", en *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, núm. 14, pp. 299-315.
- Knorr-Cetina, Karin, 1992, "¿Comunidades científicas o arenas transepistémicas de investigación? Una crítica de los modelos cuasi-económicos de la ciencia", en *REDES. Revista de estudios sociales de la ciencia*, vol. 3, núm. 7, septiembre 1996, pp.131-160.
- Lacan, Jacques, 1966a, *Escritos 1*, Siglo XXI, México, 1984.

- Lacan, Jacques, 1966b, *Escritos 2, Siglo XXI*, México, 1993.
- Lamas, Marta, 1995, "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género", en *La ventana. Revista de estudios de género*, núm. 1, Universidad de Guadalajara, pp. 9-61.
- Lowenthal, David, 1961, "Geography, Experience, and Imagination: Towards a Geographical Epistemology", en *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 51, núm. 3, septiembre, pp.241-260.
- Mannoni, Octave, 1968, *Freud. El descubrimiento del inconsciente*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1987.
- Melossi, Dario, 1990, *El estado del control social*, Siglo XXI, México, 1992.
- Pile, Steven, 1991, "Practising interpretative geography", en *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 4, pp. 458-469.
- Pile, Steven, 1996, *The Body and the city: Psychoanalysis, Space and Subjectivity*, Routledge, Londres.
- Recio, Félix, 1994, "Análisis del discurso y teoría psicoanalítica", en Juan M. Delgado y Juan Gutiérrez (coords.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis/Psicología, Madrid.
- Sauquillo Gonzalez, Julián, 1989, *Michel Foucault: una filosofía de la acción*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Vicens, Antoni, 1983, "Psicoanálisis, medicina", en Jean Clavreul (1978) *El orden médico*, Argot, Barcelona, 1983.
- Wolf, Mauro, 1979, *Sociologías de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1988.